

## CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



## PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
En provincias.	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.....	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
		8 ps. fs.

# LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,  
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,  
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN  
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## SUMARIO.

*Los dos reclamos*, apólogo, por Fernán Caballero.—*La plegaria*, poesía, por Doña Ángela Grassi.—*El quante de Coradino*, por D. Julián Castellanos.—*Á Luisa*, poesía, por D. Adolfo Llanos y Alcaráz.—*La mujer*, por D. Jacinto García Pérez.—*Sagunto*, soneto, por D. Ildefonso Llorente Fernández.—*El Carnaval*, por D. Enrique Domenech.—*Pedro*, cuento alemán, traducción, por Don R. Ferrer y Bigné.—*Modas, correo de señoritas*, por Doña Joaquina de Carniceiro.—*Explicación del figurin*.—*Variedades*. Pliego noveno de 16 páginas de *Cárlos y Elvira*, novela original de D. Enrique Domenech.

## LOS DOS RECLAMOS.

### APÓLOGO.

Dedicado á mi querido amigo el Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.

Mi infancia pasó como una rosada aurora. Creció mi cuerpo y se ensanchó mi alma. Entonces hallé mi hogar estrecho, mis costumbres domésticas mequinadas, mi vida monótona y descolorida. Volvíme

triste y despegado de todo. Paseaba solitario por la floresta, y entonces pude oír la voz de un pájaro de brillante y vistoso plumaje, que armoniosamente cantaba: «Yo soy el pájaro de la felicidad; sígueme, haz por asirme y retenerme en tu pecho.»

Desde que oí el armonioso canto del pajarito, acabé de perder el apego á cuanto se lo había antes tenido, me hesté de todo lo que me rodeaba, y no pudiendo resistir á la seducción del canto del pajarito, corrí en su alcance.

Después de haberme fatigado mucho llegué á cogerlo, é inmensa fué mi alegría. Pero apenas lo tuve en mi poder, cuando se deslustraron sus plumas; su armoniosa voz enmudeció, y á poco murió.

Pero en seguida se me presentó otro pájaro semejante á aquel, y que cantaba de la misma manera: «Yo soy el pájaro de la felicidad, haz por asirme.» Le seguí tropezando y ensangrentando mis piés y manos con los abrojos y espinas de la ágría cuesta que subía para alcanzarlo. Lo conseguí, pero con este sucedió lo que con el anterior, que á poco de poseerlo murió en mi pecho. Mas no escarmenté, y fui siguiéndolo locamente nuevos pájaros, que todos me



prometían la felicidad con su posesión, y que todos sucesivamente murieron cuando los hubo.

Al fin llegué á la luminosa cúspide á que me habían atraído los que se denominaban pájaros de la felicidad, y la hallé árida y llena de abrojos, abrasándose los rayos de un sol ardiente y alto, que todo me envolvía en sus luces, sol parado que no dejaba lugar á la noche y su descanso; el sol de la publicidad.

¡Aquella era, pues, la altura por la que me había afanado tanto, y que tanto habían ensalzado aquellos brillantes y engañosos pájaros!!

Cací rendido y calenturiento, y á poco mi desaliento se tornó en desesperación. Entonces alcé mis abatidos ojos al cielo clamando por ayuda para salvarme de aquella amarga situación; y, cual si me hubiese comprendido, se acercó á mí un pajarito de poco vistoso plumaje, que no cantaba alto y sonoramente, pero que con suave y apacible gorgo me dijo: «Te abrasas en la calentura que padecen cuantos á esta ardiente cumbre suben. Si quieres sanar, sígueme; soy el pájaro de la paz, que vive en el valle del retiro, á la sombra de palmeras, cedros y encinas, sin que á mí llegue la luz de este sol malévolo y dañino, cuyos rayos se adhieren, torturándola como la túnica de Neso, á la persona que á ellos se espone.»

Seguí al pajarito con tanto más placer, cuanto que la senda por la que me guiaba era una suave pendiente en descenso, y á cada paso más silenciosa, umbrosa y florida.

Llegamos al término, que era un valle encerrado entre montes vestidos de vegetación poderosa, como un árbol lleno de vida de sus ramas. No había allí sino unas pocas habitaciones de pobres, en medio de las cuales se levantaba una capilla, en la que se ofrecía á Dios el mismo culto que en los suntuosos templos de las capitales, así como rinde el mismo culto á Dios el más humilde como el más elevado corazón humano, el niño que con sus manos cruzadas le invoca como á Padre, y el grande Obispo de Hipona que le adoró y enalteció como á Dios Todopoderoso.

—¿Te agrada mi valle? me preguntó el pajarito.

—Aquí tendré mi hogar, y se abrirá mi tumba, contesté.

Entonces el pajarito se instaló en mi seno, del que nunca ha vuelto á ausentarse.

FERNAN CABALLERO.

## LA PLEGARIA.

(BALADA.)

### I.

¡Era la noche....! El trueno retumbaba  
Con siniestro rumor; el firmamento  
La sombra con sus tintas enlutaba,  
Y con las olas le azotaba el viento!....

Con las olas del mar que muge y crece,  
Crece encrespados montes remediando!....  
Solo la negra escena se esclarece,  
Cuando el rayo fugaz pasa silbando!

Más ¿cómo podrá el orbe moribundo  
Resistir esa lucha desastrosa?  
Es que tal vez le grita el Dios del mundo:  
*¡De la nada salió, vuelva á la nada!*

¡Noche de horror!... Doblemos la rodilla:  
Imploremos al Juez que padre sea!....  
Mas ¿qué miro? ligera navecilla  
El golfo horrible sin timón franquea....

### II.

¡Ay juguete de los vientos  
Ya aparece, ya se abate!....  
¿Quién será que la rescate  
Del abismo mugidor?

Ya la escupe furibundo  
Hasta el negro firmamento!....  
¡Oh cuál conmueve el lamento  
Del misero pescador!....

¡No hay salvación!.... La plegaria  
Que eleva el áureo Palacio,  
Va muriendo en el espacio  
Sin poder llegar á él!....

Y mas fúlgido es el rayo,  
Mas cerca el trueno retumba,  
Y es cada ola negra tumba  
Do la muerte halla un dosel!....

¡Cuán horrible es el instante  
En que el alma suspendida  
Entre la muerte y la vida  
Divisa la eternidad!

¡Solo entonces el ateo  
Á un supremo Dios invoca,  
Y las palabras revoca  
Que soltara en su impiedad!

### III.

¿Cesó ya todo?... No... ¡Los aires hiende



Voz doliente!.... En la playa arrodillada,  
Tierna niña hacia el mar los brazos tiende  
Suelto el cabello, en lágrimas bañada,  
Pálida y vacilante... ¡Ay, sin ventura,  
Niña infeliz!... ¡El padre á quien adora,  
Va á tener en las ondas sepultura,  
Y así al Eterno por su padre implora:

## IV.

¡«Oh Tú, Señor del mundo!  
Tú, Creador Supremo,  
En este trance extremo  
Escucha mi clamor!  
¡Oh Tú, que al desdichado  
Escudas con tu manto,  
Me ampara en mi quebranto  
Piedad de mí, Señor!  
Pues á tu voz se rinden  
Todos los elementos,  
¡Apaga de los vientos  
El soplo funeral!  
Soy una pobre niña  
Que por su padre llora,  
Y tu poder implora  
¡Inmenso, celestial!  
¡Mira el ligero esquife  
Que lleva mi esperanza,  
Un rayo de bonanza  
Haz que descienda en él!  
Juguete de las olas  
Va por la mar perdido...  
¡Oh mi Jesús querido!  
¡Oh mártir de Israel!  
¡También Tú fuistes hijo!  
¡Madre también tuviste!  
Padre doliente y triste  
Cabe tu cruz lloró.  
¡Lloró cual lloro y gimo,  
Postróse cual me postro,  
Y el afligido rostro  
Cual yo en el polvo hundió!  
¡Ay! ¡ay! ¡que el viento arrecia!...  
¡La nave está perdida...!  
Toma, Señor, mi vida  
Y sálvale... ¡ay de mí!  
¡Sálvale!... y que tu Madre  
Te dé un ósculo tierno...  
¡Oh madre del Eterno,  
Tan solo espero en Ti...!

## V.

Y este ¡ay! desgarrador se confundía  
Del temporal con el acento hueco,  
Y allá á lo lejos repetirse oía:  
*Piedad ¡piedad!...* con flébil voz el eco!  
¡Más Dios lo oyó!... Ese Dios que la amargura  
Del mas humilde corazón deplora,  
Las negras nubes con su voz conjura,  
Detiene el rayo que la mar colora!....  
Y el naufrago por fin toca á la orilla,  
Y ya salvado del peligro horrendo,  
Junto á la tierna niña se arrodilla,  
Al Dios de los que lloran bendiciendo:  
¡Al Padre! ¡al buen Pastor! ¡al Mártir Santo!  
Al que al morir en el Calvario dijo:  
«¡Los que apureis aquí cáliz de llanto  
Abrazáos á mi amante Crucifijo!»

ANGELA GRASSI.

## EL GUANTE DE CORADINO.

## I.

Dispuesto á poner la cabeza bajo la cuchilla, Coradino arrojó un guante al pueblo: ¿quién le levanta? Luis XVI, descendiente de San Luis, del cual Carlos de Anjou era hermano.  
(Chateaubriand.)

Corría el año de 1268.

Carlos de Anjou, hermano de Luis IX, de Francia, á instancias de la Santa Sede, habíase apoderado del reino de las Dos Sicilias, despues de arrancar la vida al legítimo monarca Manfredo, en la sangrienta batalla de Venevento, el día 26 de febrero de 1266.

El carácter terrible y despótico del usurpador, le arrastró á cometer con sus vasallos toda clase de excesos, sin que las haciendas, las vidas y las honras pudieran estar á salvo de la audacia de aquel hombre, que ante nada retrocedía, por sagrado que fuera.

Este inicuo modo de obrar del Rey Carlos, le ganó, como era consiguiente, el odio de sus pueblos, causador de tantas vejaciones, y los buenos sicilianos aliáronse con objeto de sacudir tan pesado yugo, proclamando como á su Rey verdadero y legítimo al príncipe Coradino, sobrino del monarca, difunto, y el cual, contando entonces solo quince años, vivía con su madre en la corte de Baviera.

Un partido tan grande, como entusiasta y fogoso, agrupose en torno del jóven príncipe, quien, apoyado



ademas por D. Enrique de Castilla, hermano de Alfonso X, y algunos otros caballeros españoles, levantó el estandarte de la independenciam.

La Sicilia, ese hermoso vergel, cuna de la poesia y de la música, volvió á ser el teatro de sangrientos dramas, y la causa de la razon y de la justicia cayó, despues de varios encuentros, herida de muerte á los piés de Carlos de Anjou en la batalla de Tagliacozzo.

Al día siguiente de la victoria, un espectáculo terrible y conmovedor tenia lugar en la plaza del Mercado, en Nápoles.

La cabeza del príncipe Coradino rodaba al golpe del hacha del verdugo.

Poco antes que el hierro homicida segase aquella tierna existencia, el jóven mártir exclamó: *¡Oh madre mía, qué profundo dolor te causarán las noticias que te darán de mí!*. Y dicho esto, quitose uno de sus guantes y le arrojó á la multitud, que, silenciosa y contristada, asistia á recoger su último suspiro.

Aquel guante buscaba un vengador.

## II.

Cuando un pueblo rompiendo la valla de la justicia y de las leyes se desborda ciego, impulsado por bastardas pasiones, entregándose con un furor vertiginoso á toda clase de extremos, la Providencia hace salir de aquel mismo torbellino un hombre que con su audacia ó su fortuna contiene aquel pueblo, le sujeta, y por último le esclaviza.

Pues bien; así como esta es una verdad palmaria, de la que nos presenta nó pocos ejemplos la historia, no lo es menor la de que cuando un monarca, en vez de gobernar sostenido por el amor de sus vasallos se goza en oprimirlos y escarnecerlos, llega un momento en que la copa del sufrimiento rebosa y los pueblos se alzan airados, rugientes, y abaten en el polvo la soberbia del opresor.

Y esto sucede por que las naciones, lo mismo que los individuos, no pueden marchar mucho tiempo fuera del centro de accion que la Providencia les trazara, y la anarquía y el despotismo, fórmulas igualmente violentas, en que las leyes armónicas que rigen á la humanidad se encuentran controvertidas y olvidadas, no pueden crear situaciones viables, porque así como la anarquía es, á no dudarlo, la mayor de las locuras, el despotismo es indudablemente la mayor de las iniquidades.

De lo que llevamos espuesto es una prueba bien patente el fin desastroso y terrible que tuvo en Sicilia la tiránica dominacion de Carlos de Anjou.

Ensoberbecido con la victoria que se posó en sus banderas en la jornada de Tagliacozzo, despues de sacrificar á Coradino y á su tío Federico de Austria, alimentó los cadalsos con victimas ilustres, entre los que figuraron la segunda esposa de Manfredo y su hijo Manfredino.

«Horroriza, dice *La Fuente*, leer en los escritores italianos y franceses las atroces y bárbaras tropelias que Carlos siguió ejerciendo en Nápoles y Sicilia por sí y por sus agentes y funcionarios, durante su odiosa dominacion.»

Todos los destinos eran ocupados por extranjeros; las vidas y las honras se encontraban á merced del capricho de los gobernadores, que disponian de las ricas herederas, enlazándolas á su antojo con sus partidarios, en tanto que las personas más nobles del país espiraban bajo el hacha del verdugo, sin formacion alguna de proceso.

Este despotismo tan tirante, que pesaba sobre los sicilianos como la losa del sepulcro, fué deshecho por la cólera popular de la manera que vamos á referir.

## III.

Era el 30 de marzo de 1282, lunes de la Pascua de Resurreccion, día en que, segun una antigua costumbre, los habitantes de Palermo acudian á visperas á la iglesia del Sancti Spiritus, pequeño templo que se eleva en las pintorescas afueras de la ciudad, junto á la márgen florida del Oreto.

Una órden del *Justicier* del distrito prohibia á los sicilianos el uso de toda clase de armas, disponiendo visitas domiciliarias con el fin de castigar á los que las ocultaren.

Era el momento en que los palermitanos acudian á visperas, y las inmediaciones del pequeño templo se veian llenas por una multitud tranquila y silenciosa.

Roger de Maestr'Angelo, caballero principal, acercábase al átrio de la iglesia en compañía de su hija, jóven de singular hermosura, cuando de repente se vió rodeado por un grupo de soldados provenzales, que con pretesto de que la hermosa jóven llevaba armas escondidas bajo su vestido, propasáronse, de una manera brutal, á actos que el pudor y la decencia no pueden consentir.



La inocente víctima de aquel atropello perdió el sentido, cayendo desmayada en los brazos de su padre.

Entonces, un grito de rabia y de indignacion se escapó de todos los lábios, y el atrevido soldado cayó muerto de una estocada, que con su mismo acero le dió un jóven siciliano.

Esta escena, rápida y terrible, fué la chispa que hizo estallar el volcan de las iras populares, tanto tiempo contenido.

Un grito atronador, inmenso, de ¡mueran los franceses! se dejó oír por todas partes, y el pueblo de Palermo, ardiendo en santa indignacion, se arrojó á la lucha, unido y compacto como un solo hombre.

Entonces empezó una matanza terrible: los cuarteles, las casas, los templos fueron invadidos por las turbas, que, poseidas de un furor vertiginoso, no dejaron de derramar sangre francesa; llegando á tal extremo su sed de venganza, que hasta arrancaron la vida á las mujeres que habian tenido amores con los extranjeros, por que no quedase generacion de aquella raza opresora. En tanto que estas sangrientas escenas tenian lugar, las campanas de Sancti Spiritus, tocando á vísperas, dejaban oír sus lúgubres tañidos.

De aquí tomó esta conmocion popular el nombre de *Vísperas Sicilianas*, con que se la conoce en la historia.

#### IV.

El ejemplo de Palermo fué imitado en todas las poblaciones de la Isla.

Más de veintiocho mil franceses cayeron bajo el acero popular, y en menos de un mes no quedó un soldado extranjero en todo el territorio siciliano.

El despotismo de Carlos de Anjou habia dado sus naturales frutos.

El guante que Coradino arrojara á la multitud, buscando un vengador, le habia encontrado.

Cuando se siembran vientos, se recogen siempre tempestades.

JULIAN CASTELLANOS.

### SAGUNTO.

SONETO CON ESTRAMBOTE.

Labró Sagunto de nobleza lleno

Rico pensil de escelsitud y amores:

Llevó el aura á Cartago sus olores,  
Y quiso entrar en el jardin ameno.  
El génio hispano, en su dintel, sereno  
Guardaba del pensil los esplendores,  
Y dijo «¡Atrás!» al que sus santas flores  
Iba á manchar con africano cieno.

Bramó el audáz: para feróz venganza  
Romper la puerta del pensil dispuso;  
Y al dar el golpe su nervuda lanza,  
El brazo en alto suspendió confuso:  
¡Que á guardian y jardin vió con asombros  
Fuego de patrio amor tornar escombros,

Y un ataud de gloria  
De los siglos en hombros  
Dios puso allí para eternal memoria!

ILDEFONSO LLORENTE FERNANDEZ.

### LA MUJER.

#### II.

Un rumor sordo, tétrico, amenazador como la próxima esplosion de un volcan se escuchaba allá en el Norte de Europa.

Una armonia suave, dulce, como la última vibracion del arpa de David, se oia venir por el Oriente.

Eran los bárbaros y el Cristianismo.

Toda idea grande, nueva, revolucionaria, necesita una raza virgen en donde encarnarse.

De aquí la confluencia de los bárbaros y del Cristianismo en el Occidente de Europa.

Los bárbaros, que cual una manada de tigres se lanzaban sobre el indefenso imperio romano por los mismos caminos que la espada de César les habia abierto en sus inmensas conquistas, caian sobre la Europa occidental para acabar en su sed de destruccion y de sangre con los últimos restos del mundo antiguo, y dar lugar con la demolicion de aquel colosal imperio á que se formasen las nacionalidades modernas.

Aquellos hombres nacidos en un lugar, amamantados en otro; sin patria ni hogar, educados, en los ejercicios de la caza y de la guerra, durmiendo hora aquí ó acullá, pero siempre sobre su carro, adorando ya dioses indios, ya griegos, hora una lanza, una espada ó un escudo, emblema siempre de la fuerza; sin nocion alguna del derecho, fueron los escogidos para educarse en la idea cristiana, cuya primer mi-



sion era emancipar á la mujer, porque la hacia crecer en dignidad á la sombra del Evangelio.

Jesucristo dijo: «*Bendita sea la criatura que ha amado y llorado.*»

La victima gemidora de los siglos conoció en estas palabras á su Salvador, y se extendió por todas partes, derramando palmas y perfumes sobre la huella de su divino pié.

Después de la consumacion del Calvario veló enlutada ante la puerta del sepulcro: y mas tarde, en el dia de la gran prueba, corrió á la cita fúnebre del Circo Romano. Compartió con el hombre la gloria del martirio, y subió al cielo al lado de Jesus radiante de santidad con la frente coronada de una aureola.

La ley cristiana, que tanto se compadecía de la mujer, proclama la indisolubilidad del matrimonio.

La mujer desde entonces se casó con su amante, llevando al lecho nupcial la bendicion de la perpetuidad.

Elevada, pues, por el Evangelio á un estado igual al hombre pudo espaciar su pensamiento adquiriendo una voluntad y una espontaneidad propias que la hicieron ver que su destino no estaba solo circunscrito á la vida interior del hogar, sino que tenia, mas allá de aquel humilde horizonte, su aspiracion, su gloria y su apoteosis.

En medio de esta suave emanacion de virtud, el hombre sintió que brotaba un ideal mas en su pensamiento. Conoció el entusiasmo, el lirismo del amor, porque hasta entonces habia conocido solamente la sombra, la voluptuosidad. Glorificó por primera vez la constancia de la pasion, é inauguró en la tierra el culto de la mujer con la caballería andante. El Infinito bajó á su corazon bajo la imágen de la desposada, y el caballero dedicó su vida á esa grata vision. Desde entonces la mujer, tentacion del hombre por el heroismo, brilló en su pensamiento. Cada hombre tuyo su inspiracion secreta, su *Beatriz*.

El monge mismo, consumido por el fuego de la penitencia, moria para el mundo en éxtasis ante su madonna.

La grande, la verdadera encarnacion de la mujer en esta época, está representada en Juana de Arco, que, ardiendo en inspiracion, hija del sentimiento religioso, supo sacrificarse en aras de su patria después de haberla salvado.

Cuando la Francia iba á ser vencida por las huestes británicas, la hija de la Lorena se levantó como

un génio misterioso, y con todo el entusiasmo propio del corazon de una heroina, se dispuso á arrancar al fiero Leopardo la presa que ya tenia casi al alcance de sus garras.

Un dia se la vió cruzar como una aparicion fantástica cabalgando en un caballo más negro que la noche, cuyas ondeantes crines la envolvian como en una densa nube, dejando ver por entre sus sedosas guedejas los cambiantes de luz que el sol arrancaba de su brillante armadura; con una espada en la mano y una bandera en la otra, iba á la vez terrible y misericordiosa, destruyendo con solo el aliento del bruto que regia y el fuego de su mirada, cuanto se interponia á su paso: murallas, ejércitos, fortalezas, todo caía á los golpes de su fulmínea espada, y cualquiera que dirigia sus tremendos golpes, era para sembrar la muerte y la desolacion, hasta que vió pisoteada por los negros cascos de su caballo la orgullosa bandera de Inglaterra.

La mision de la doncella de Orleans estaba terminada. No habia lugar ninguno en la tierra que bastase á contener aquella alma tan grande, que no cabia dentro del estrecho círculo marcado por las ideas de su siglo.

Volvió á combatir, fué hecha prisionera, y condenada á muerte.

Murió de la muerte de *Hipatia*.

Como ella á manos de un monge.

Profecia incompleta que establece estrechas relaciones de igualdad entre las almas de estos dos seres que se contemplan como dos grandes colosos allá en la lontananza de los siglos que los separa.

Hipatia habia sido la musa austera de la ciencia, de la antigüedad, de la razon, de la astronomía, de la música, la Vénus Urania de Platon, pálida como la estrella, fria como la noche del firmamento.

Hipatia representa la primera entrevista de la mujer con la nocion abstracta de lo infinito.

Juana de Arco, por el contrario, es la explosion del alma cristiana, amante, condensada y ardiente en la sangre de una doncella, para elevarse hasta Dios en un magnífico impulso de heroismo.

Juana de Arco personifica la llama ardiente del amor infinito encendido en el corazon de la ignorancia.

Ni una ni otra dan suficiente testimonio de la nueva gloria que espera á la mujer en el camino del progreso.

Ha de llegar un dia en que se reunan en la mujer



la ciencia de Hipatía y la inspiración de Juana de Arco.

¿Ha llegado ya ese día?

Sí, mil veces sí; porque hemos llegado á la edad de las revoluciones, y la reforma en Alemania nos trae en alas de sus principios el primer soplo de libertad, la primera idea realizada de la autonomía de los pueblos, dado al gran movimiento revolucionario en Francia, que eleva á la mujer á su verdadero estado social, merced á las grandes ideas inspiradas, á esa gran pléyada de filósofos que empieza en Kant, y concluye en Krausse.

La mujer, pues, ha llegado á realizar su verdadera misión dentro del hogar doméstico, porque es el jefe interno de la familia, dentro de la filosofía, porque se la concede la facultad de emitir su pensamiento dentro del arte; porque ella también puede ser artista, y lanzarse á recoger la corona de laurel que se concede á todos los genios; empero la obra no está terminada aún, necesita realizar su libertad dentro del Derecho.

¿Cuándo llegará ese día?

Está muy cercano: esa última conquista será debida al siglo XIX. Yo te saludo ¡oh gran siglo! Cuando contemplo tus adelantos, tus descubrimientos, tus grandes ideas, no puedo menos de sentirme orgulloso llamándome hijo tuyo, y no puedo dudar de que tú has de ser el que has de realizar el completo ideal de la mujer, haciéndola llenar su verdadera misión en la tierra, que es el amor modificado por la educación.

JACINTO GARCÍA PEREZ.

## A. LUISA.

Las penas que te causé  
Dices que al tiempo abandonas,  
Y amorosa me perdonas  
Para probarme tu fé.  
Si nunca de ti dudé  
No me obligues á dudar:  
¿Cómo, Luisa, he de aceptar  
Tu perdón envuelto en llanto?  
Si es cierto que me amas tanto,  
No me debes perdonar.

ADOLFO LLANOS Y ALCARÁZ.

## EL CARNAVAL.

### I.

El reloj de arena es el símbolo de la muerte. Deslizándose en sus piramidales vasos los granos de arena unos tras otros, nos ofrece el ejemplo palpable de la vida, en que una fiesta sucede á otra fiesta; un acontecimiento va en pos de otro, y todo pasa, todo huye, todo se olvida, cediendo el campo á un nuevo suceso que borra las huellas del anterior.

La Iglesia en sus fiestas y ceremonias tiene también el símbolo de la muerte: la Ceniza, que recuerda al hombre su origen y su fin.

Pero el hombre, que es generalmente más aficionado á divertirse que á meditar, sin duda porque medita durante la vida mas que quisiera, y se divierte mucho menos de lo que desea, se prepara para tomar la ceniza; divirtiéndose como no lo ha podido hacer durante el año,

El día de Ceniza es el que abre la puerta á los cuarenta de meditación, penitencia y ayuno de Jacob, Moisés y Jesús; y el hombre, imitando á la luz moribunda, próxima á extinguirse, hace un esfuerzo, aumenta su fulgor, aviva su llama, crece, brilla con más intensidad, y se oscurece por completo en los tres días que preceden al de Ceniza, que es el intermedio de la vida alegre y bulliciosa, y la contemplativa parece que ensancha sus pulmones: ríe, grita, corre, se divierte, mueve algazara y bullicio, olvida lo que es, lo que acostumbra hacer en el resto del año, y piensa tan solo en divertirse.

Esos tres días de asueto, de broma, de algazara, de tregua á su carácter, á sus negocios, á su vida, en fin, es lo que se llama *Carnaval*.

### II.

El Carnaval está representado en este siglo, que dista mucho de ser mitológico, por la careta.

La careta dicen que es un gran medio para decir la verdad, cosa que parece estar vedada durante el resto del año, y, si bien se reflexiona, al decir y afirmar esto, demuestran los que tal hacen que hay ya tal costumbre de mentir que se avergüenzan de decir verdad y se tapan la cara para que no se noten las alteraciones del rostro al decirla.

Sin embargo, nosotros creemos que la careta se usa todo el año.

El rostro debe ser el espejo del alma, y, sin em-



bargo, en sociedad sale al rostro lo contrario de lo que se siente en el alma.

El traje debe indicar tambien la clase y posicion que ocupa en la sociedad el que lo lleva, y, á pesar de ello, hoy los trajes se confunden, y no se puede adivinar quién gasta más lujo, si una marquesa de ricos timbres y dilatadas posesiones, ó una señora que no tiene más bienes que el reducido sueldo de su marido.

Si pues la careta y el traje son el distintivo del Carnaval, y durante el año se observan esos cambios en uno y otro, podremos decir que la vida es un Carnaval continuado, y que todos los días hay máscaras y se dan bromas.

La Ceniza recuerda lo que somos y lo que sere-mos; luego el Carnaval no es tampoco más que el recuerdo exagerado de lo que hacemos y de lo que haremos.

Solo tiene una ventaja el Carnaval de los tres días. Á una señora á quien se rinde culto por su virtud y honradez, y á quien no se la podria manifestar duda de sus buenas cualidades, con careta de carton, ó seda, se la puede probar que se sabe su vida y se conoce su hipocresia.

Aquella mujer se muerde los labios de ira y coraje, y trata de murmurar una excusa.

El que la hizo irritar de tal modo, que se guarde muy bien que le conozcan, porque nada le libraria de su cólera, pues

que todo lo puede  
mujer despechada.

como dice Liern.

Esto involuntariamente nos presenta otra fase del Carnaval: herir.

El hombre ó mujer que tiene una incomodidad con cualquiera y no puede desfogarse diciendo lo que siente á la persona que le ha ofendido, aguarda con ansia el Carnaval para vengarse aquel día y decirle lo que le dicte su coraje.

Luego el Carnaval tiene tambien algo de traidor, ó, por mejor decir, ampara á los traidores.

La única cosa que tiene de recomendable es la libertad que presta al que, sujeto todo el año á las reglas de etiqueta y sociedad que le impiden correr, agitarse y hasta reir, se reviste ese día con un traje cualquiera, y se burla del empleo y la posicion que ocupa, y hasta de sí mismo.

Para los enamorados es tambien una cosa recomendable.

Á favor de la máscara pueden acercarse al objeto de sus afanes, y á despecho de los padres hablarse y decirse..... ¡Si las caretas que han servido para estos casos hablaran, ¡qué de cosas nos dirian! Figuráos que el que habla tiene la cara cubierta y la que escucha no le ve, y comprendereis cuando no existe esa pantalla ó bicho que se llama rubor qué cosas se pueden decir. . . . .

### III.

De la máscara ó careta, no se conoce su verdadero nacimiento.

Perteneciendo al teatro de los antiguos, se desconoce su primitivo origen, aunque se cree que lo tenga en el de la tragedia que principió por ser unos himnos que cantaban á Baco los aldeanos en el tiempo de las vendimias, para cuyo acto se embadurnaban la cara con las heces del vino. Á medida que estas fueron perfeccionándose hasta formar la tragedia, fué modificándose la careta.

Horacio concede á Esquilo la invencion de la careta con motivo del primer teatro que construyó Agatárque; pero Sundas y Ateneo se la atribuyen á Cherilo, poeta trágico posterior á Esquilo. Sundas dice que Phynico fué el primero que presentó en el teatro la careta de mujer, que fué un gran adelanto para la propiedad de las tragedias porque como eran hombres los que representaban, quitaban la ilusion de la escena si algunos de los personajes no eran mujeres.

Los griegos llamaban *Prosepeia* á las máscaras que representaban á personas al natural; *Mamoliueia* á las que servian para figurar las sombras de los muertos y eran algo espantosas; *Gorgoneria* á las que inspiraban terror y representaban las fuerzas; *Orquestrica* á las que usaban los bailarines; y *Pantomimica* á las que eran de un aspecto y proporciones regulares y graciosas.

En algunas funciones religiosas se usaban tambien máscaras, y hasta en los sepulcros se han hallado de arcilla representando la cara del difunto.

Tambien se han usado por el bello sexo, hechas de pasta de harina de trigo y leche para conservar el cutis, y muy posteriormente, en tiempo de Catalina de Médicis, las han usado las señoras para salir de casa.

De los teatros y fiestas religiosas, pasaron las máscaras á formar una diversion pública, y despues de



haber aparecido y desaparecido algunas veces, se estableció el Carnaval en Italia en el siglo xvi, introduciendo el uso de los trajes antiguos y de todos los países, distinguiéndose por la grandiosidad de esta fiesta pública Venecia, cuya república inquisitorial lo autorizó por medida hipócrita para esconder detrás de esta libertad su dominio y su tiranía.

Con esta fiesta se introdujo el baile de máscaras, y aunque ni una ni otra diversion nō son ya hoy pálido reflejo de lo que fué, todavía ofrece el último buenos ratos y contentamiento general.

## IV.

Nada hay más hermoso, más halagüeño ni con más atractivo que el alegre espectáculo que ofrece un baile de máscaras.

Aquella multitud apiñada que rueda, gira, se va y viene en confusión y gritería; que corre, se empuja, se ríe, es capaz de trastornar la cabeza mejor sentada y sacar de sus casillas al hombre más pacífico, si alguna vez llega á pisar aquellos tentadores salones.

Solo dos clases de personas encuentran ridículo un baile de máscaras.

Los papás que por exigencias de sus hijas, y hasta por conveniencia ó cálculo, abandonan su chimenea y su lecho para ir á un punto en que el fuego está en forma de seres animados, y en donde no pueden leer periódicos ni hablar de política, batallas ni aventuras juveniles, en que sale muy malparada la época actual. Preguntad á uno de estos papás qué le parece un baile de máscaras, y os contestará que es la cosa más ridícula, más tonta y de más escaso interés y diversion que se conoce en el mundo.

Los casados que vayan al baile con sus mujeres y las dejen bailar mientras ellos bailan y juzgan de los otros por lo que hacen ellos, no pueden tampoco hablar bien; muy en particular si al retirarse dicen sus caras esposas que se han divertido mucho. En este caso el fastidio llegará á su colmo. Si ellas se hubiesen quedado en casa ó se hubiesen aburrido, el concepto sería diferente; el baile les hubiera gustado y se habrían divertido.

Pero afortunadamente todos no son de un mismo parecer, y fuera de las dos clases que hemos descrito, los demás todos son apasionados al baile, y mas que al baile, por que este es tan solo un pretexto muy secundario á la animación, al bullicio, á la algarazara,

á la libertad, al comunismo que ofrece el destierro del *usted* y aun el *usía* y el *vucencia* para hablarse todos de *tú*.

Si se pudieran describir los mil accidentes que pasan allí, las mil historietas, las mil peripecias que acontecen, sería una obra interminable, al par que pálida y descarnada.

Allí se principian unas amistades, unos amores, unos caprichos, que fuera costarian meses enteros.

Allí nacen ilusiones que embellecen la vida y el alma, que hacen palpar de gozo el corazón; y por el contrario, allí tambien se agosta una esperanza halagüeña y se marchita una ilusión querida, haciendo que al salir lleve el primero el corazón saltándole del pecho, rebotando en él el placer y la satisfaccion; el otro, el corazón amortiguado y adormecido con el narcótico de la realidad severa que deshoja sin piedad la hermosa flor de la esperanza.

Un baile de máscaras, en fin, es el recuerdo imperecedero para cada uno de un hecho notable de su vida, de un amor, de una amistad, de una afeccion, de un cariño, de un trato, de una ilusión, de una esperanza, de un cálculo, de una idea para el porvenir, que ó nace allí y se arrulla al compás de la orquesta, ó muere sofocada por el laberinto, y olvidada entre los alegres walses y risas de los demás.

ENRIQUE DOMESECH.

## PEDRO.

CUENTO ALEMÁN.

(Traducción.)

Este joven, impetuoso como lo es á su edad, habia visto á Teresa como yo la veía, y su virtud fué mas débil que su pasión. Conocia nuestras desgracias, sabia la necesidad que de él teníamos, y osó indicar á Teresa el precio que por su proteccion exigía. Mi mujer se indignó contra él, y se lo dió á entender; mas conociendo mi carácter violento y celoso, me ocultó este fatal secreto; resistió á Federico sin decirme nada, entre tanto que yo, demasiado crédulo, le estaba continuamente alabando la generosa amistad del capitán.

Un día en que, habiendo salido de piquete, me



dirigia á la casa donde vivía mi mujer, me encontré frente á frente con Aimar; juzgad cuál sería mi sorpresa: «Hete pues, ¡aquí, raptor! exclamé; ¡vuélveme á mi hija, vuélveme la felicidad que me has arrebatado, en pago de la amistad con que te habia distinguido!» Cai de rodillas delante de él, sufrí el primer momento de su cólera, mas le aplaqué con mi llanto, y consintió en oírme. No me tomé el trabajo de justificarme: El mal está hecho, le dije; Teresa es mia; es mi esposa. Castígueme V., mi vida está en sus manos; mas salve V. á su hija única; no deshonne V. á su esposo, no la haga V. morir de dolor; olvídense V. de mí para no acordarse mas que de ella.» Y diciendo estas palabras, en lugar de conducirme hacía casa de Teresa, le llevaba, por el contrario, á donde te criaban á ti, hija mia. «Venga V. añadió; venga V. á ver un objeto del que es preciso que tenga V. piedad.

Tu dormías en tu cuna, Gertrudis, y tu rostro de alabastro y carmin retrataba la inocencia y la salud: Aimar te mira, y sus ojos se humedecen. Tomándote yo en mis brazos y presentándote á él: «Ahí tiene V. aun á su hija,» le dije. En esto te despertaste; y como inspirada por el cielo, lejos de quejarte principiaste á sonreír, y estendiendo tus bracitos hacía el viejo Aimar, asistes sus cabellos blancos, que apretabas con tus dedos, aproximando su rostro al tuyo. El anciano te cubrió de besos, me estrechó contra su pecho, y, llevándote consigo, exclamó, tendiéndome la mano: «Vamos á encontrar á mi hija; ven, hijo mio.» Vosotros debeis pensar, hijos míos, con qué contento le conduciría yo á nuestra casa.

Durante la travesía temí que causase daño á Teresa la vista de su padre. Por prevenirla, me adelanté á Aimar, subo, abro la puerta, y veo á Federico en las rodillas de Teresa, que se veía obligada á emplear la fuerza por librarse de sus trasportes. Apenas habia herido mi vista este espectáculo, cuando mi espada estaba ya en el seno de Federico. Cae bañado con su sangre, se lamenta, acuden, llega la guardia cuando mi espada humeaba todavía, y en esto, con la multitud, viene el desgraciado Aimar para ver á su yerno cargado de prisiones.

Le di un abrazo, le recomendé á mi hijo y á mi mujer que estaba sin conocimiento; te abracé á ti tambien, mi querida Gertrudis; y seguí á mis camaradas que me condujeron á un calabozo.

Allí estuve dos dias y tres noches en el estado que vosotros podeis imaginar; no sabía nada de lo que

pasaba, ignoraba la suerte de Teresa, y no veía á nadie mas que á mi siniestro carcelero que respondia á todas mis preguntas, asegurándome que yo no podía estar allí mucho tiempo sin ser condenado.

Al tercer dia se abren las puertas, dicenme que salga; un destacamento me aguardaba, me rodean, les sigo, y me conducen á la plaza de Armas. Veo de lejos reunido el regimiento, y descubro el afrentoso instrumento de mi suplicio. La idea de que estaba al término de mis males me volvió las fuerzas que habia perdido, apresuré el paso por un movimiento convulsivo, mi labio pronunció, á pesar mio, el nombre de Teresa, mis ojos la buscaban, sentía no encontrarla, y llegó por fin.

Me leen la sentencia, y me entregan á quien debia ejecutarla. No esperaba mas que el golpe de muerte, cuando algunos gritos agudos suspenden mi suplicio; miro, y veo un espectro medio desnudo, pálido, ensangrentado, haciendo esfuerzos por abrirse paso entre la gente armada que me rodeaba: ¡era Federico! «Amigos, gritó, yo soy el culpable; yo soy el que merece la muerte! ¡Amigos míos, gracia para el inocente! he intentado seducir á su esposa, por eso me ha castigado; ha sido justo. Bárbaros sois si os atreveis á atacar contra su existencia.» El jefe del regimiento corre hacía Federico, quiere contenerle, le enseña la ley que me condena por haber levantado la mano contra mi jefe. «Yo no lo era ya, exclamó Federico; le habia vuelto la libertad: hé aquí su licencia firmada la vispera, por lo tanto, no está sometido á vuestra jurisdiccion.»

Los jefes, sorprendidos, se reunen, Federico y la humanidad defienden mis derechos, soy conducido otra vez á la cárcel, y Federico escribe al ministro, se acusa á sí mismo, implora mi perdon, y lo obtiene.

Aimar, Teresa y yo, fuimos á postrarnos á los piés de este libertador, que confirmó la donacion de libertad que me habia hecho, y aun quiso añadir favores que no aceptamos. Volvimos á este lugar, en donde la muerte de Aimar me ha dejado dueño de sus bienes, y en donde Teresa y yo acabaremos nuestros dias en paz y en medio de vosotros.

Todos los hijos de Pedro se hallaban agrupados á su alrededor durante su narracion. No hablaba ya, y aún escuchaban, y sus lágrimas rodaban por sus mejillas.

—«Consolaos, les dijo el anciano, el cielo me ha recompensado de todas mis penas con vuestro amor.»



Diciendo estas palabras les abrazó, Luisita le besó dos veces, y toda la familia fué á acostarse.

FIN.

R. FERRER Y BIGNÉ.

## MODAS.

### CORREO DE SEÑORITAS.

La temperatura no se muestra demasiado favorable para ocuparse de los trajes intermedios; pero es necesario confeccionarlos, á fin de que aparezcan en los primeros hermosos días de marzo, cuando el sol más brillante imprime á los colores oscuros un aspecto deslucido y triste sumamente desagradable.

Hé aquí el momento en que triunfa el foulard, pudiendo dar á las que gustan de un solo color la agradable nueva de haberse conseguido confeccionarlo en todas las tintas, particularmente en verde y malva, que hasta el presente se consideraba como imposible. Varía asimismo en dibujos hasta lo infinito, ofreciendo en los matices graduados una finura de tonos inconcebible. En malva, por ejemplo, hay una série de olivas que comienzan en la tinta más pálida para ascender hasta la más subida. Reprodúcese esta fantasía en todos colores, ya sea á grandes lunares sombreados, ramilletes, zigzags ó arabescos, todo, en fin, cuanto puede apetecer la fantasía se halla sobre los foulards de la India.

Mientras aguardamos los bellos días precursores de la primavera, nos esperan algunos menos templados, y para ellos tenemos los siguientes arreglos:

Como de buen gusto, uno de tafetan marrón, que lleva sobre el falso una tira de tafetan negro, guarnecida de cintas de terciopelo idem, formando hebilla por arriba, y un cabo cortado en orillama por abajo. Este adorno se coloca todo alrededor de la tira, depasando por cada lado, y sobre el pié de las hebillas va fijado un boton de azabache cuadrado.

Las aldetas del cuerpo llevan el mismo guarnecido, así como la parte alta y baja de las mangas.

Otro traje: es de tafetan rayado negro y blanco, ilustrado con un torcido de pasamanería, tambien blanco y negro en el bajo; el cuerpo, las sisas y el bajo de las mangas llevan el mismo adorno.

Otro de tafetan azul guarnecido por-abajo con tiras de felpa del mismo color colocadas al través;

paletot de felpa azul con botones de acero, dispuestos por detrás sobre el talle y por delante en dos vueltas. Sombrero con *fauchon* en felpa, terminado por un volante de tul negro moteado, y una mazorca de rosas sobre el lado.

Recomendamos para interior los trajes guarnecidos de galon cachemir, cuyo adorno lindísimo sobre fondo azul ó violeta, puede arreglarse poniendo cinco vueltas de galones sobre el falso, interrumpidas por otros dispuestos á rombos. Iguales aplicaciones sobre el brazo y el bajo de la manga.

Una jóven podría reemplazar el cuerpo por una vesta señorita, abierta sobre una camiseta, mantenido por un cinturón igual, guarnecido de galones.

Podemos tambien colocar dicho adorno en tres líneas sobre cada costura de los paños, arreglando igualmente la vesta ó el cuerpo con aldetas.

Los sombreros, siempre sin bavolet, ofrecen la más completa mezcla de flores, encaje, tul, telas de todas clases, y perlas de todas especies. Compréndese hoy la economía del bavolet al ver los adminículos que son necesarios para reemplazarle.

Hé aquí algunos modelos:

Una capota de terciopelo negro con una banda por detrás de terciopelo, encajonada en encaje y medio oculta, con gafetes de azabache. Dos largas cocas con un cabo de cuarenta centímetros, en cinta de terciopelo mediano, terminan el ornamento. En el interior *bandeaux* de terciopelo negro con gafetes de azabache y capullos de rosa.

Otra está formada de bullones en tul blanco, alternados con raso rosa, y por detrás bullones de tul formando volantes. Ramo de rosas sobre el lado, y en el interior rosas; cintas de raso rosa.

Otra de tul toda constelada de perlas; por detrás bullones de tul formando volantes separados por una cinta de terciopelo franjeada de perlas; cocas y cabos descendentes en terciopelo.

Otros modelos en tul bordado de perlas, raso con cintas de terciopelo encarnado ó azul cielo, se llevan como sombreros luminosos.

Ya hemos cogido las primeras violetas, perfume favorito del buen gusto, y eterno para el talento del hábil químico Mr. Delettretz, perfumista del mundo elegante. Su *Esse Violette* derramado sobre el pañuelo, produce aun en medio del invierno la misma ilusión de un jardín sembrado de las primogénitas de la primavera.

JOAQUINA DE CARNICERO.



## ESPLICACION DEL FIGURIN.

**Primera figura.** Vestido de *mairé antique* adornado en el bajo de la falda por unas tiras que terminan en punta de cachemira alternadas con otras de terciopelo, van graduándose de manera que forman puntas. Paletot de terciopelo, adornado de pasamanería perlada y rodeada de guipur; bolsillos cuadrados; manga de codo. Sombrero de crespon bullonado con tiras de terciopelo. Plumas y conchas de encaje adornan el fondo.

**Segunda figura.** Vestido de raso verde: el bajo de la falda está adornado de una pasamanería que sube sobre cada costura y termina en un broche con tres borlas. Una guarnición del mismo género rodeada de guipur, descende por toda la falda figurando manto de corte. Cuerpo alto con tres aldetas detrás rodeadas de pasamanería y guipur. Berta redonda figurada con el adorno. Manga de codo. Sombrero *fauchon* sembrado de perlas. Plumas y encajes; flores en el interior.

**Tercera figura.** Vestido de tafetan á cuadritos azules y blancos. El bajo cortado en hondas ribeteado de terciopelo. Paletot de terciopelo azul guarnecido de cisne. Capelina de terciopelo igualmente rodeada de cisne. Botinas azules.

## ESPLICACION DE LA HOJA

### DE BORDADOS.

#### PRIMER LADO.

**Números 1 y 2.** Tapete de tablero de damas.

El núm. 1 es el tamaño que deben tener los cuadros.

Se cortan cuadros iguales de cinco centímetros, unos de terciopelo negro, y otros de *reps* verde. Se intercalan esos cuadros, y se cosen por el revés á punto por encima.

Concluidos de unirse los cuadros, se pone sobre todas las costuras una trencillita de seda color de rosa; se cose á punto de escapulario con torzal negro, y cada punta de los cuadros se hace una cruz con el mismo torzal. Véase el número 2 que representa el tapete concluido.

Concluido este, se forra el tapete de percalina verde, y se adorna alrededor con un fleco negro mezclado de verde y de color de oro.

**Núm. 3.** Dibujo de un bolso para el pañuelo, llamado antiguamente *ridículo*. Este bolso es de terciopelo bordado de azabaches, abalorios, y á realce con seda torzal.

**Núm. 4.** Representa el bolso concluido.

**Núm. 5.** Cuello de aplicacion en *nansouck* sobre tul.

**Núm. 6.** Entredos con caída para las mangas.

**Núms. 7 y 8.** Efecto de las mangas y del cuello despues de armados.

**Núms. 9 y 10.** Cuello y tira bordada al pasado y hebras que forman caladó en batista.

**Núm. 11.** Cuello sobre tela doble: se borda á punto ruso y feston.

**Núm. 12.** Punta de pañuelo bordado sobre batista al pasado y punto de armas.

**Núm. 13.** Otra punta de pañuelo del mismo género de bordado que la anterior.

**Núm. 14.** Canesú para camisa de señora.

**Núm. 15.** Media manga de camisa correspondiente al canesú.

**Núm. 16.** Tira festonada.

**Núms. 17, 18 y 19.** Otras tiras de realce, feston y cordoncillo.

**Núm. 20.** Nombre para punta de pañuelo.

**Núm. 21.** Escudo para pañuelo.

**Núms. 22 y 23.** Letras para mantelería.

**Núm. 24 y 25.** Letras para pañuelos de hombre.

**Núm. 26.** Entredos para un cuerpecito interior bordado al pasado ó con aplicacion de tul de Bruxelles.

**Núm. 27, 28 y 29.** Dibujos de trencillas para trajecitos de niños, enaguas, etc.

#### SEGUNDO LADO.

Patrones de chaleco á lo Luis XIII para señora y de cuerpo con aldetas de frac.

ADELAIDA MONTAÑOL.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1895.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.

Calle de Preciados, 74, bajo.





2501

# LA VIOLETA

*Redaccion y Administracion*

Concepcion *Carranza* No 12 B. de Madrid



